

ANDAMIOS DE LA NUEVA CULTURA

CAÑA FISTULA = por ELIAS CASTELNUOVO

El fenómeno de la nacionalidad no es un fenómeno tan simple como a primera vista parece. Particularmente en la América del Sur, nuestro continente común, donde la ruptura y soldadura de sus territorios se ha hecho y deshecho cien veces desde que nos descubrieron hasta la fecha.

Como se sabe, los argentinos, fueron primitivamente peruanos y los peruanos últimamente norteamericanos. Los chilenos, a su vez, fueron colombianos y los bolivianos, venezolanos. Los paraguayos, por su parte, fueron brasileños y los brasileños, uruguayos.

En la época de la colonia fuimos todos indistintamente españoles, ingleses, franceses, holandeses y lusitanos. Y antes de la colonia fuimos algo peor. Fuimos guaraníes, matucos, cocovecos o mocoviles. La disputa sobre la nacionalidad sería en nuestro caso una disputa interminable. Se podría llegar hasta la conclusión de que no fuimos nunca, ni siquiera americanos, sino chinos o mongoles.

Cuando dos territorios están pegados, como dos hermanos siameses, resulta difícil decir cuál de los dos es uno y cuál es el otro. Así, por ejemplo, Rivera y Santa Ana, aparentemente son dos ciudades distintas. Mas, en el fondo, son una sola aldea, partida en dos por una calle diagonal, que separa oficialmente al Uruguay del Brasil. De modo que el que nace en una acera de la arteria divisoria es uruguayo y el que nace en la acera de enfrente, es brasileño.

Algo parecido ocurre aquí con la cordillera de los Andes, pues el que nace a la diestra del Cristo redentor es chileno y el que nace a la siniestra, es argentino. Pero lo que ocurre en los extremos de la Patagonia donde según queda más cerca el registro civil la gente inscribe su progenitura en Chile o en la Argentina.

En la línea de fortines que nos dividen del Paraguay sucede que a menudo —cada quince días— nuestras tropas avanzan hacia el norte y ocupan nuevas posiciones en el territorio paraguayo modificando constantemente la nacionalidad de los aborígenes gracias a que el que era paraguayo antes del avance, deja de ser paraguayo inmediatamente después.

En la misma línea que divide al Paraguay de Bolivia sucede lo propio, con la diferencia que quien retrocede allí no son los paraguayos, sino los bolivianos.

Durante la pasada guerra del Chaco Boreal, tan pronto unos eran nativos, tan pronto devían extranjeros. El cambio de la nacionalidad se operaba entonces de la noche a la mañana y dependía de una maniobra feliz o infeliz de los ejércitos expedicionarios. Un día se era paraguayo y al día siguiente ya se era boliviano o inversamente. El sacramento de la patria no parecía un sacramento. Parecía un aerostato.

En un estudio que acabo de leer, obra de un argentino, además, el autor acusa a Inglaterra, entre otras cosas, de haberse segregado a la Argentina, el Uruguay, que era una provincia suya, a fin de dominar mejor el mercado del Río de la Plata. Esta tesis de la segregación parece ser que ha sido una verdad histórica. Si el Uruguay, en consecuencia, fue una provincia argentina y merced a las malas artes de Canning y a la voracidad imperialista de la Gran Bretaña se desprendió de la matriz como el Manchucuo de la China, mi nacionalidad sufre una complicación que viene a poder manifestar el error en que puede incurrir la justicia de un país cuando desconoce el origen de su propia historia. Resulta que de no haber mediado el inconvenciente de la nefasta política británica yo sería en este instante un hijo legítimo de esta tierra. También resulta que si el Uruguay pertenecía a la Argentina no se puede decir que sea un patriota aquel que como el fiscal, resistiendo de mi reniega de su misma patria.

Por otra parte, en sus relaciones posteriores a la maniobra diplomática de Canning, la Argentina y el Uruguay se han conducido como si la segregación no se hubiera producido. La Argentina, y con ella los argentinos, han seguido considerando al Uruguay como una dependencia subsidiaria del puerto de Buenos Aires. Cada vez que la Argentina disputa con alguien —como ocurrió durante la guerra contra el Paraguay— el Uruguay le presta sus ejércitos y cada vez que el Uruguay disputa, siquiera consigo mismo, —como sucedió durante las revueltas entre blancos y colorados— la Argentina también le presta su apoyo a la facción que podía robar más votos. Tanto en la paz como

en la guerra, en la alegría como en la desgracia, la Argentina y el Uruguay asumieron una conducta recíproca como cuando no había llegado Canning aún al Río de la Plata.

Hay más. Siempre que la prensa argentina o los gobernantes de esta nación se refieren o aluden al Uruguay o a los uruguayos, los llaman bonitamente "el país hermano" o "nuestros hermanos de la otra banda". Reputar "extranjero" entonces a un "hermano", procedente de una ex provincia argentina, nos parece una extralimitación literaria o territorial. Porque si somos hermanos no podemos simultáneamente ser adversarios y si somos argentinos no podemos ser al mismo tiempo enemigos de la Argentina.

Yo creo sinceramente que dadas las relaciones de parentesco entre el Uruguay y la Argentina, ningún uruguayo es capaz de sentirse extranjero en tierra Argentina, ni ningún argentino

PROMETHEUS



ROCKWELL KENT

es capaz de sentirse extranjero en tierra uruguaya, salvo el caso de que se trate de un fanático estúpido del fútbol. El procurador de la nación podrá hacerme sacar el título, mas no el convencimiento.

Hay más todavía. En el parlamento uruguayo hay algunos diputados argentinos. En el ministerio asimismo hay un ministro correntino. O si no lo hay, lo habrá. La Argentina, a su vez, tuvo hasta un presidente uruguayo. Muchos procesos argentinos procararon hijos mixtos: unos uruguayos, otros argentinos. Ignoro si le pasó otro tanto a los procesos uruguayos. El periodismo argentino está prácticamente en manos de uruguayos y el periodismo uruguayo, en cambio, está en manos de argentinos. El teatro, la pintura, la literatura argentina yace inhiesta de representantes de la otra orilla. Ya se sabe que el mejor cuentista argentino es uruguayo y el mejor novelista uruguayo es argentino. También se sabe que

entre Montevideo y Buenos Aires hay más afinidad racial que entre Buenos Aires y Pergamino. Por último, se sabe que un argentino inteligente se siente más compatriota de un uruguayo inteligente que de otro argentino imbécil.

Pero, el fiscal no califica de "extranjero" en mi caso, al uruguayo. Califica así su ideología. Para los representantes de una clase son siempre extranjeros los representantes de la clase opuesta. Mientras el extranjero se dedica a explotar a las masas argentinas como pasa con los integrantes de todos los monopolios que oprimen a esta tierra, a ningún fiscal se le ocurre retirarle la ciudadanía, mas cuando el extranjero hace causa común con los hijos explotados del país, se fusiona con ellos para defender sus intereses, entonces, resulta un réprobo.

Cuando nosotros decimos que los trabajadores no tienen patria queremos significar con ello que carecen de territorio. También queremos significar que la culpa de semejante anomalía no se debe a la decisión de los trabajadores, sino a la coerción de los terratenientes que se la quitan y se quedan con todo. Si la patria es el suelo, no tener patria, significa no tener tierra, no tener casa. Y mal se puede ir contra una cosa que se necesita y sin la cual no es posible la existencia.

Pero, en mi caso particular, ¿quién es el enemigo de la patria? ¿el que, como yo, se reintegra a su antigua nación, o el que, como el fiscal, trata de segregarme violentamente de ella?

La segunda cuestión es también una cuestión eterna. Es la cuestión de la familia. También la familia es otra institución sagrada. Y también yo resulto por mi ideología, enemigo de la familia.

Vuelvo a repetir. Yo estoy casado con una argentina. Tengo un hijo de la misma nacionalidad. Si se llega a materializar la propuesta del fiscal, mi hogar quedará roto automáticamente. Tendré forzosamente que emigrar de aquí y mi mujer, en su concepto de argentina, respetuosa de las leyes de su patria, no podrá hacer causa común conmigo en virtud de que incurriría en el delito de pegarse a un hombre constitucionalmente "peligroso" e "indeseable". Otro tanto acontecerá con mi hijo que se encuentra en la misma situación de mi mujer. De manera que no sólo me destruye el fiscal materialmente ni sólo me destruye moralmente, en razón de que obliga a los míos a rectificar su concepto acerca de mi conducta y a readaptarlo nuevamente a los términos legales del informe policial. Y surge la segunda pregunta: ¿quién es el enemigo de la familia: yo, que no destruí ningún hogar o el fiscal que intenta destruir el mío?

La tercer cuestión no es menos eterna ni es menos sagrada que las dos restantes. Es la que se refiere a la comida. Claro que esta cuestión al pasar por los tribunales adquiere otro nombre más distinguido. Se denomina "régimen económico" o "economía doméstica". A propósito, el fiscal dice que "no merezco permanecer en este país que tan generosamente me hospedó y me protegió." Sinceramente: hay en esto una exageración, pues siempre que este país me hospedó lo hizo en condiciones de que yo pagase el alquiler y toda vez que no cumplí, este país me desalojó.

Además, si me atengo al balance de mis entradas correspondientes al ejercicio último del año 1935, resulta que el monto de mis ingresos fué el siguiente: como dramaturgo, por ocho obras en rotación, percibi de la Sociedad Argentina de Autores, la suma de treinta y cinco pesos; como escritor, por un libro del cual se imprimieron cinco mil ejemplares, percibi de la Editorial Claridad, la suma de ciento veinticinco pesos; y como periodista, por diez artículos sobre Rusia, a treinta pesos cada uno, percibi de "El Suplemento", la cantidad de trescientos pesos; todo lo cual me da un salario de cuarenta pesos por mes, aproximadamente.

Si se considera que en los años anteriores de mi carrera literaria no he ganado mucho más, habiendo vivido siempre como un "desocupado" después de haber trabajado siempre como un burro; si, por otro lado, se considera que un vigilante gana 150 pesos por mes y un hombre cerca de doscientos, se puede llegar fácilmente a la conclusión de que eso de que me prohibió y se me hospedó generosamente no pasa de ser una metáfora (tropical o una ironía saurírea).

Se me podrá convencer de que no soy argentino siendo argentino; que soy enemigo de la familia después de haber fundado una familia; pero, no se me llegará a convencer jamás de la generosidad que se me echó en cara, sabiendo como sé, que ni siquiera se me llegó a pagar el sueldo de un bombero o de un vigilante, luego de haber sido laureado como literato, literato de nota, por el propio municipio de Buenos Aires.



combate para destruir, es que lo que se leceadg imponer como "vida" constituye el peor sarcasmo que pudiera surgir de la vida.

Un régimen integral de justicia tiene que llevar, por mal que se le considere, a la limpieza de los impulsos humanos. Si el hombre no es realmente el mismo, hay que achacarlo a que la sociedad no le proporciona los medios económicos, morales y sociales necesarios. En cuanto el hombre concuerda con la sociedad el libre juego de las potencias integrales de su individualidad, desarrollará una acción autónoma de libertad. No es que creamos que lo que reconocemos internamente como el alma de la vida, la conciencia, es que aquella se identifica con la vida en cuanto la sociedad se basa fundamentalmente en la justicia. Y de unos cambios se integran los otros, y siempre así en la inagotable creación del proceso histórico.

Lo urgente, pues, son dos aspectos afirmativos: acción y ubicación. Por la capacidad de actuar se mediará la ubicación. El hacer es más que un país del querer, quiere más cuanto más se hace. La voluntad no es sino la prioridad de cuanto se comprende, y un rita facultad, a medida que crece, va "haciendo lo que hace". Esto explica aquel principio versículo de Goethe: "breve en loca de su furore". En el primer caso, la Acción. El atrevimiento del hombre, que hace, que se ejecuta, que se realiza, que se afirma, es la esencia de su vida social. Por esa intensidad se afirma en la conciencia, la autonomía de la vida, siempre operando en libertad, se reinvencan las fuerzas vitales del hombre. Una sociedad consciente y justa no es sino un valor total en función permanente de justicia. Y esta es su máxima representación: el hombre.

La cultura que nosotros es totalmente falsa. Puesto que no ha sido, no puede ser, la cultura que tiene que ver con el hombre. Una cultura que ha pretendido existir en el valor humano vivo, no representa sino combinaciones y mutilaciones de él. Sin duda tiene elementos aprovechables y formas ricas de transformación. Mas la verdad es que lo más substancial y fecundo de las materias humanas ha quedado sin ubicación.

EL CONGRESO MUNDIAL DE LOS JOVENES

En la primera semana de septiembre, y organizado por diversas Asociaciones internacionales, se celebrará en Ginebra un Congreso mundial de la Juventud por la paz y por los derechos de los jóvenes. Tiene la gloria y el honor de esta gran iniciativa la Asociación Internacional por la Gran Unidad de las Naciones, y el éxito asegurado de antemano, robará con creces sus deseos y esperanzas.

La importancia de este Congreso es difícil de encarecer. En él se ofrecerá a la juventud de todos los países la ocasión de cambiar ideas sobre las cuestiones internacionales, y de llegar a un acuerdo sobre un plan de acción común para la prevención de la guerra y para la organización de la paz. Allí se enfocará con este fin, el medio práctico de establecer entre los jóvenes de todos los países una colaboración fundada en la comprensión recíproca y en el respeto mutuo de las distintas opiniones. Se fortalecerán los lazos que unen a todos los jóvenes del mundo, y se hará obra de paz.

Los temas suscritos en el orden del día darán motivo a los jóvenes para estudiar y debatir cuestiones tan importantes y de tanto interés actual como la organización económica y social del mundo, el orden político internacional, el deber internacional de la juventud y las bases morales, religiosas y filosóficas de la paz.

Al abordar los problemas que abruma al mundo con su gravedad en los difíciles tiempos que vivimos, la juventud volverá su mirada sobre sí misma y contrastará la firmeza de los pilares que sustentan el edificio de su formación ética, pero, además, encontrará una solución para la paz del mundo, aprendiendo a su defensa con todo entusiasmo. Hemos llegado a un punto en que la paz necesita defensores tenaces y resueltos como los héroes de la guerra.

Un Congreso de tal trascendencia ha encontrado la mejor acogida entre los jóvenes de todos los países que se preocupan de la paz de sus propios derechos, y en España, concretamente, los representantes de los más importantes sectores de la juventud organizada que aquí existen se apresuran, afanan y trabajan para llevar a Ginebra la voz cordial de la juventud española, pero también la firme decisión que hace a todos los jóvenes del mundo contra la guerra y sus progenitores.

A los organizadores del Frente de la Juventud, nos satisface este entusiasmo de los jóvenes españoles por su intensidad y por el volumen de las representaciones, que constituyen la verdadera juventud española, la que ha triunfado en las elecciones de febrero, la que forma el pueblo mismo. La juventud que trabaja y estudia, la que libre de temores insignificantes, piensa en una sociedad mejor constituida, de

3 Libros de la "Tierra Púrpura"

Tres libros uruguayos que quiero destacar ha publicado la Sociedad Amigos del Libro Rioplatense: "La Patrulla", de Pedro Leandro Ipanche; "Los albatros de los Tapesos de Juan José Morosoli" y "Los Molinos", de Santiago Domest. No son los únicos libros uruguayos de esta hermosa editorial, ni siquiera los únicos uruguayos buenos, pero entre los que no cito está, verdaderamente, "Tierra de la mañana" de Justo L. Los que hoy tenemos...

que hoy tenemos por eso... con los tres libros de un admirable candor literario, y acaso como mejor literatura, una campaña que algo ayudará en el rol de la civilización, pero por eso mismo más... terrible. No hay en ella como otros aparatos, al contrario, sólo palabras y cosas, parece vivir en ella con la sencillez del árbol, que crece en el río que corre por momentos, incluso en algunos momentos, que quiere pasar, que quiere ir a un arroyo en silencio, a una florcita de su tallo, no dejándose en un con ellos, y así, sintiendo su palabra como sus hechos, como, y sin embargo, se encuentran un atractivo irresistible. Es un atractivo vital. Estamos en un momento de crisis y de dolor. Los jóvenes de la tierra, y las cosas son tierra, y la tierra es cosa y humana, y se recomienda allí, hasta la muerte, que no nada de ser una transitoriedad, una alegría un momento más de la vida, y la vida es vida.

Los libros uruguayos que quiero destacar ha publicado la Sociedad Amigos del Libro Rioplatense: "La Patrulla", de Pedro Leandro Ipanche; "Los albatros de los Tapesos de Juan José Morosoli" y "Los Molinos", de Santiago Domest. No son los únicos libros uruguayos de esta hermosa editorial, ni siquiera los únicos uruguayos buenos, pero entre los que no cito está, verdaderamente, "Tierra de la mañana" de Justo L. Los que hoy tenemos... con los tres libros de un admirable candor literario, y acaso como mejor literatura, una campaña que algo ayudará en el rol de la civilización, pero por eso mismo más... terrible. No hay en ella como otros aparatos, al contrario, sólo palabras y cosas, parece vivir en ella con la sencillez del árbol, que crece en el río que corre por momentos, incluso en algunos momentos, que quiere pasar, que quiere ir a un arroyo en silencio, a una florcita de su tallo, no dejándose en un con ellos, y así, sintiendo su palabra como sus hechos, como, y sin embargo, se encuentran un atractivo irresistible. Es un atractivo vital. Estamos en un momento de crisis y de dolor. Los jóvenes de la tierra, y las cosas son tierra, y la tierra es cosa y humana, y se recomienda allí, hasta la muerte, que no nada de ser una transitoriedad, una alegría un momento más de la vida, y la vida es vida.